



José María Guerrero, sj.

in memoriam

1933 – 2024

†
ihs
Compañía de Jesús

José María Guerrero, sj

i n m e m o r i a m

NACIÓ

el 20 de 03 de 1933, en Morillejo, España

INGRESÓ A LA COMPAÑÍA

el 11 de 09 de 1954, en Aranjuez, España

HIZO LOS VOTOS DEL BIENIO

el 12 de septiembre de 1956.

FUE ORDENADO SACERDOTE

el 26 de octubre de 1963 en México

HIZO SUS ÚLTIMOS VOTOS

el 08 de 09 de 1971, en Cuzco, Perú

PARTE AL ENCUENTRO DEL SEÑOR

el 10 de febrero de 2024, en Santiago, Chile

ESTUDIOS EN LA COMPAÑÍA

Filosofía
Universidad de Comillas
España (1957)

Etapa Apostólica
Arequipa y Piura, Perú (1958 - 1960)

Teología
Instituto Teológico, México (1961 - 1964)

Tercera Probación
Murcia, España (1965 – 1966)

TÍTULOS ACADÉMICOS

Licenciatura en Filosofía
Universidad de Comillas
España (1957)

Licenciatura en Teología
Facultad de Teología
México (1964)

Doctorado en Teología
Universidad Gregoriana
Italia (1981)

ESTUDIOS ESPECIALES

Doctorado en Teología
Universidad Gregoriana
Italia (1977 – 1981)

MISIÓN

1967 – 1971	En Cuzco
1967 – 1971	Profesor de Teología en Seminario Mayor
1968 – 1971	Vicerrector del Seminario Mayor de Cuzco
1971 – 1976	En Arequipa
1971 – 1976	Superior de la Comunidad del Colegio San José de Arequipa
1972 – 1976	Profesor de Teología en la Universidad Católica de Arequipa
1977 – 1981	En Roma – Curia General: Secretario Regional de la Asistencia de América Latina Meridional
1982 – 1991	Santiago de Chile - Casa de Estudiantes de Ejército 72
1982 – 1991	Vicesuperior de la Comunidad de estudiantes
1982 – 1991	Profesor de teología en la Facultad de Teología de la PUCCH
1983 – 1991	Colabora en CONFERRE
1987 – 1991	Director de la Revista Testimonio
1992 – 1998	Superior, profesor en la Facultad de Teología de la PUCCH
1992 – 1998	Colabora en CONFERRE
1993 – 1998	Teólogo asesor de la Conferencia Latinoamericana de Religiosas/os y profesor en CONFERRE
1999 – 2019	En Centro de Espiritualidad Loyola, Padre Hurtado
1999 – 2008	Profesor de teología en la Universidad Alberto Hurtado
1999 – 2003	Profesor de teología en el Centro de Estudios de Conferre
1999 – 2003	Teólogo asesor de la CLAR
2003	Administrador de la Casa de Ejercicios Loyola

José María Guerrero, sj

i n m e m o r i a m

MISIÓN

2003 – 2008	Director del Centro de Estudios de CONFERRE
2003 – 2019	Da Ejercicios Espirituales
2004 – 2014	Director y administrador del Centro de Espiritualidad Loyola
2015 – 2019	Integra Equipo del Centro de Espiritualidad Ignaciano (CEI)
2009 – 2019	Integra el Consejo de Dirección de Revista Testimonio
2016 – 2019	Asesor del Centro de Estudios de CONFERRE
2020 – 2022	En Casa (Residencia) San Ignacio en Santiago
2020 – 2021	Integra Consejo de Dirección de Revista Testimonio, operario
2020 – 2024	Ora por la Iglesia y la Compañía

Dios forjó en Chema -como llamábamos familiar y cariñosamente a José María Guerrero SJ en la Compañía- mucho de su personalidad positiva por medio de sus padres quienes, si bien apenas sabían leer y escribir, tenían una profunda y arraigada fe católica. Nació en Morillejo, un pueblo campesino y pobre de España. Allí, en los primeros años de su existencia, supo de los rigores y dureza de la vida en una casa sin agua potable, con todo lo que eso significa para una familia numerosa. A la pobreza del pueblo donde nació y creció, se le agregó la dureza y brutalidad de la guerra civil de España que lo dejaría huérfano de padre a temprana edad. Es probable que, en medio de esos acontecimientos tan dolorosos, haya escuchado de sus padres algunas expresiones que calarían hondo en su conciencia: “Tranquilo, hijo; tranquilo que todo irá bien; ya lo verás, todo irá bien”.

José María aprendió de Dios, también vía sus padres y habitantes del pueblo, el sentido, valor y dignidad del trabajo. Entre muchas otras cosas, su vida no se entiende sin el sentido del trabajo digno y responsable que, en su conciencia ya debilitada y confundida de los últimos meses de su vida, no dejó de realizar hasta el último de sus suspiros. ¿Por qué? Porque desde niño leyó, meditó e hizo carne en su larga vida lo que descubrió de Jesús en los Evangelios: «Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo» (Jn 5,17) Así, a la pregunta “¿qué estas, haciendo Chema?” respondía, “Pues, aquí trabajando; ¡qué otra cosa voy a estar haciendo, sino preparando retiros, ejercicios espirituales y artículos sobre el presente y futuro de la vida religiosa”. Y te pasaba el último artículo que había escrito, que en verdad era uno antiguo, pero que había vuelto a imprimir para dárselo a quien le pudiera servir.

Una de las enseñanzas más grande que José María recibió de Dios fue a través de su madre. Sucedió cuando, en la guerra civil, mataron a su padre. Ella tenía 32 años y cuatro hijos. Tiempo después detuvieron a los que mataron a su papá; y cuando los iban a fusilar, ella se interpuso e intercedió por ellos con un: “¡Basta ya de más viudas e hijos sin padre!; yo los he perdonado y no quiero cargar sobre mi conciencia el dolor de más viudas y más hijos sin padre”.

Habiendo recibido en y de su familia la fe, Chema comenzó a experimentar, de parte de Dios, en la Iglesia de su época, en el seminario menor de Sigüenza, siendo un adolescente, los primeros signos de invitación a un seguimiento de Jesús de un modo peculiar: el sacerdocio. Se preparaba en el seminario para ello cuando su obispo lo envió, junto a otros compañeros, a estudiar un doctorado en la Universidad Comillas para dedicarse a la docencia en el seminario de su diócesis. Sin embargo, abierto al sentir y querer de Dios, cayó en la cuenta de que éste lo invitaba a algo más que eso: ser misionero. Y a serlo fuera de su país, para vivir el Evangelio y anunciar a Jesucristo, con su proyecto del Reino, en comunión con otros:

la Compañía de Jesús, donde ya tenía un tío. Ingresó a ella un 11 de septiembre de 1954 en Aranjuez que, en ese entonces, era parte de la Provincia de Toledo. Seis meses después, en febrero de 1955, con dieciséis jesuitas más, es enviado a apoyar el trabajo de la Provincia del Perú, cuando estaba a punto de cumplir 22 años.

Luego de su formación en Perú, España, México e Italia, a comienzo de los años ochenta llega a Chile para colaborar en la formación de los estudiantes jesuitas entre los cuales había un buen grupo de peruanos. Tal vez no imaginó que sería su lugar de trabajo y de vida hasta su muerte.

El llamado de Dios, a José María, para ser parte de la Compañía de Jesús, fue pocos años antes del Concilio Vaticano II, acontecimiento que daría un nuevo rumbo al quehacer apostólico de la Iglesia en una sociedad marcada por la cristiandad. Mirando la trayectoria del Padre Guerrero como jesuita -España, Perú, México, Roma y Chile, sin contar los innumerables viajes que tuvo que hacer por los servicios que la Compañía le confió- se podría decir que Dios, junto a tantos otros compañeros jesuitas, lo preparó para hacerlo instrumento suyo en la divulgación e implementación de las principales enseñanzas de los documentos del Concilio, en medio de no pocas resistencias y dificultades, como lo refleja la vida del Padre Arrupe, General de la Compañía, con quien José María, como muchos otros jesuitas, trabajó codo a codo sirviendo y amando a la Iglesia.

En la línea del Concilio Vaticano II, Chema dedicó mucho tiempo al apostolado docente, primero en Arequipa y después en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y a la formación de jóvenes jesuitas al interior de la Compañía, en Perú y en Chile. Pero él sentía que Dios lo invitaba a servirlo de modo preferencial en la renovación de la vida religiosa, desde las orientaciones del Concilio. Fue lo que hizo como asesor teológico de la Confederación Latinoamericana de Religiosos, Director del Centro de Formación de Conferre en Chile y de la Revista Testimonio. Su gran pasión y su dinamismo apostólico en Conferre nos llevaron a bautizarlo como “el Maradona de la vida religiosa”.

Quienes vivimos con él y lo conocimos, no podemos dejar de reconocer que el Señor hizo de Chema un hombre bondadoso y generoso para los demás con su vida y con algo que amaba mucho: los libros, sus libros.

Los que compartimos con él alguna celebración por su ministerio sacerdotal, particularmente la eucaristía dominical, sabíamos que en algún momento de ella nos reiríamos, y mucho, por alguna de sus expresiones españolas o por alguna anécdota que solía contar a propósito del evangelio proclamado.

En la misma línea, una y mil veces, escuchamos de sus labios un par de expresiones que reflejan el sentir más profundo de Chema y que nos causaban mucha alegría: “¡Muy bien! ¡Muy bien!”, “¡No pasa nada! ¡No pasa nada!”.

El “muy bien” tiene que ver con lo que él vivía de Dios en su vida; y lo que veía en los demás de ese mismo Dios que tanto lo apasionaba. Desde el Dios de la Vida, y del Evangelio de Jesús, no cabe otra cosa que estar “¡Muy bien y muy bien!” más allá de todas las dificultades y adversidades que se experimentan y encuentran en el cumplimiento de la misión que se le encomendaba. Más allá de las debilidades y errores personales, en la vivencia del evangelio y en el anuncio del mismo, no cabe otra cosa que estar “¡Muy bien y muy bien! desde la bondad y misericordia de Dios que vio reflejada en su mamá intercediendo por quienes habían matado a su papá en la guerra civil de España.

Con la expresión, que miles de veces salió de sus labios, “¡No pasa nada; no pasa nada!” José María, con cierta dosis de ingenuidad, le bajaba el perfil a las cosas y situaciones más complejas y dolorosas que le tocó enfrentar a lo largo de su vida religiosa y sacerdotal allí por donde anduvo. Aunque pasaran muchas cosas, y graves, para Chema estas no eran un impedimento para el seguimiento de Jesús. Todo aquello que sucedía a su alrededor, por grave que fuera, eran nada al lado de la bondad y misericordia de Dios. Se podría decir que detrás de la expresión señalada había algo de lo que más de una vez leyó y recitó de Santa Teresa de Jesús: “Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta”.

Chema asumió el desafío de ayudar a renovar la vida religiosa con la tensión creativa entre la adaptación al nuevo contexto y la fidelidad a los orígenes. Se presentará ante Dios habiendo cumplido con esa invitación a ser misionero, llevando la buena noticia de Jesús a tantos religiosos y religiosas que recibieron con sus enseñanzas y retiros el aire fresco y renovador del Concilio Vaticano II. Esperamos que el Señor le golpee suavemente la espalda susurrándole con cariño: ¡Muy bien! ¡Muy bien!



PROMETO
ENTRAR EN
LA MISMA
COMPANIA
PARA VIVIR
EN ELLA
PERPETUAMENTE

†
ihs
Compañía de Jesús